

por sí, una historia intercalada— que si bien mantenían un perfecto equilibrio en *La fuente de la edad* y en *El expediente del naufrago*, las traban un tanto el decurso en *Camino de perdición*. Como ya es habitual en el escritor leonés, el humor aparece sabiamente mezclado con la reflexión y esa cierta amargura que deja en la boca el paso del tiempo. Rasgos todos ellos que inciden en algo ya sabido: que Luis Mateo Díez es uno de los mejores contadores de historias de la novelística española actual, además uno de sus prosistas más brillantes.

Universitat Autònoma de Barcelona

JUAN RODRÍGUEZ

Carmen Martín Gaité. *Irse de casa*. Barcelona, Anagrama, 1998, 399 pp.

A mediados de agosto, «a tres años del dos mil» (p. 45), Amparo Drake, rica modista residente en Nueva York, decide irse a visitar la ciudad española donde nació y que había abandonado cuarenta años atrás: necesita, según escribe, «una bocanada de olvido» (22). Durante esa breve estancia en la ciudad natal, pretende «ver sin ser vista» (188), lo que no es difícil para ella tras una ausencia tan larga. Ha resuelto, pues, irse de casa, y en el lugar de llegada encuentra más desconocidos que conocidos.

Entre los desconocidos con los que la visitante se cruza, figura Manuela Roca, divorciada del doctor Agustín Sánchez y que perecerá en accidente de automóvil. De Manuela es sobrina Valeria Roca, «una de las primeras chicas de su generación que se largó de casa a los diecisiete años, determinada a no volver a pedirle un duro a su familia, porque no los aguantaba» (98).

Otros jóvenes conflictivos, de vaqueros rotos y camiseta estampada, «querían tener un puesto fijo de trabajo, para poder irse de casa» (221). Y la pálida y rapada Alicia confía al doctor Sánchez: «Yo necesito irme, Agustín. ¿Por qué no me llevas a vivir contigo? Me hace falta vivir con alguien que me dé seguridad en mí misma» (225). Pero a Agustín, que se aloja en casa de una hermana desde su divorcio de Manuela, le apremia dejar ese domicilio provisional y acogerse a la hospitalidad de su amiga Olimpia: «yo esta noche a casa no vuelvo, tengo que irme de casa» (276). No es extraño que Olimpia —entregada al sueño y a la lectura declamatoria en su intemporal palacio— grite por el teléfono a otra joven: «—¡Chica, qué manía tenéis todos con iros de casa!» (316).

«Irse de casa» (título de esta novela última de Carmen Martín Gaité comparable más a sus penúltimas que a sus primeras, aunque también recuerde —por el ámbito provincial y por este afán de salir— a la primera de todas: *Entre visillos*) enuncia un infinitivo —casi imperativo— de independencia o desprendimiento. Para la protagonista tiene otras implicaciones. De niña, Amparo había jugado a derribar tabiques e irse de casa en busca de aire. Mucho tiempo después, su hijo —Jeremy— le con-

firmaría: «yo también juego a que me voy de casa. Me gustaría que pudiéramos jugar juntos a eso. ¿Tú ya nunca te quieres escapar ahora?» Y la madre le había respondido: «A veces escaparse es peligroso», entendiéndolo para sí misma que «apuñalar el propio pasado y luego huir, tras haberlo dado por muerto, es crimen que no siempre queda impune» (303).

Al final de su rápido ejercicio de desconocimiento y reconocimiento, Amparo dice al profesor Abel Bores —única persona ante la que se identifica— que la visita le había servido para darse cuenta de que «el pasado no tiene por qué ser un tumor maligno» (320). Y por último, al regreso a Nueva York, Amparo se decide a costear, como productora, la película para la cual su hijo había escrito un guión titulado *La calle del olvido*. Tal era el nombre de la calle donde Amparo vino al mundo, y el viaje de ésta —incitado por ese texto filial al que ella quiere inyectar vida— origina el rastreo de huellas en que la novela se funda. Este diseño, elaborado por el fantasma transeúnte de la protagonista bajo el auxilio de una instancia narradora omnisciente e impersonal, quizá sea lo más nuevo en *Irse de casa*: imbrica hábilmente la presencia incógnita de la viajera y la asistencia evocativa de quien, por encima o detrás de ella, describe y relata. Ambas perspectivas van componiendo, en alternancia irregular, un tejido de destinos que se entrelazan o se desenlajan, se sueltan o se prenden.

Hace pocos años publicó Juan José Millás una novela (de planteamiento semi-unamuniano) titulada *Volver a casa*, con la cual *Irse de casa* no tiene nada que ver, ni en asunto ni en ningún otro aspecto. Nombro ambos títulos porque suenan a comedia, por el estilo de la comedia de Calderón *Casa con dos puertas*. Bajo títulos de este acento trivial cabe hallar, sin embargo, notas de tristeza y aun de tragedia. Y así ocurre en este ejemplo. Porque «irse de casa» puede significar el ansia de libertad de cualquier joven y puede sugerir también la pena del hijo pródigo al volver a la casa paterna no para arrepentirse ni para ser amorosamente agasajado, sino para hacer un alto en el camino, descansar por un tiempo del trabajoso oficio de vivir, y experimentar acaso diáfanas revelaciones, inesperadas epifanías (como aquí Amparo al identificar su antiguo armario de luna en la trastienda de una peluquería [capítulo 14, de los veintiocho que integran la novela, precedidos de un «Pórtico con rasca-cielos» y sucedidos por una «Apertura a otros pórticos»]). En suma: «irse de casa» es aquí «volver a casa» (a una casa extraña, pero reconocible en ciertos residuos que se han salvado, como por milagro, de los cambios incesantes).

La cubierta del libro representa a una mujer con la aguja en la mano, componiendo retales, confeccionando telas, la mesa llena de carretes de varios colores. Y es que Amparo Miranda fue, en la provincia, hija de una madre soltera que tenía un taller de costura, y es ahora y desde hace años dueña de un comercio de modas en la Quinta Avenida, gracias al

empeño de madre e hija en «irse de casa» como también al capital de Gregory Drake, marido de Amparo.

Con todo y con eso, Amparo Miranda Drake sigue siendo —antes de su viaje y al fin de su «temps retrouvé»— nuevo avatar de esa protagonista típica de la narrativa de Carmen Martín Gaité: «la fugada nata».

Para justipreciar el valor de *Irse de casa* conviene advertir que, junto a la intención —espléndidamente servida— de mostrar al vivo los cambios de hábitos, situaciones y generaciones o grupos de la España de hoy desde la memoria de un ayer lejano, pervive y se destaca en la nueva novela el propósito de siempre: la búsqueda del interlocutor.

Aquí los interlocutores son, a veces, meros contertulios, como las señoras chismosas que parlan en la cafetería del Hotel Excelsior, donde ha venido a hospedarse la extranjera (la grabación de estas chácharas es un alarde de neorrealismo). Pero hay luego conversaciones incidentales aunque amistosas y generosas (las de Agustín con el errabundo Marcelo o con la escuálida Alicia en el Bar Oriente, polo de la juventud conflictiva opuesto al Excelsior de las señoras de «la fea burguesía»). Hay diálogos de intimidad mayor —aunque tardía y frustrada—, como los de Amparo y Abel (al fondo la novela rosa, en piadosa parodia). Y hay los monólogos de Olimpia Moret, que se inventa en sus duermevelas el interlocutor que necesita.

El lector de otras novelas de Carmen Martín Gaité descubrirá en *Irse de casa*, sin dificultad, la recapitulación (no la imitación) de motivos, tipos, situaciones, imágenes, procedimientos de aquellas novelas: en una trama nueva, de signo internacional y cinematográfico, transatlántico; y acaso con este pretexto de finalidad (si es que una ficción debe tener alguna que no sea el goce de fingirla): convertir el «guión» insuficiente del hijo en la densa «novela» de la madre; la Calle del Olvido en plaza del recuerdo, y la defensiva esquivéz inicial de la visitante en su animada participación en el mundo revisitado y en el proyecto de dar forma filmica (de hecho, novelesca) a todo un mundo, poblándolo de criaturas manchadas de historia, capaces de surgir del olvido porque aún pueden hacer o decir cosas «de las de verdad».

Columbia University

GONZALO SOBEJANO

Alvaro Pombo, *Cuentos Recicladados*, Anagrama, 1997.

Alvaro Pombo, filósofo de formación y poeta en sus primeros libros, es hoy un novelista consumado y singular: *El parecido* (1979), *El héroe de las mansardas de Mansard* (1983), *El hijo adoptivo* (1984), *Los delitos insignificantes* (1986), *El metro de platino iridiado* (1991), *Aparición del eterno femenino contada por S.M. el Rey* (1993), *Telepena de Celia Cecilia Villalobo* (1995) y *Donde las mujeres* (1997). Su carrera literaria comenzó, sin embargo, en otros géneros: poesía (*Protocolos*, 1973; *Variacio-*